

REPARTO

PERSONAJES

CARMEN	Sra. Guerrero.
IRENE	» Roca.
MARGARITA	» Salvador.
PEPA	Srta. Cancio.
CELESTE	Sra. Bofill.
JUANA	Srta. Herráiz.
JULIÁN	Sr. Díaz de Mendoza (M.)
MARIANO	» Codina.
PEDRO	» Cirera.
RUDERICO	» Santiago.
ANGEL	» Allen-Perkins.
MANUEL	» Guerrero.
IGNACIO	» Berenguer.
MENÉNDEZ	» Vargas.
SOTO	» Juste.
EL CONDE	» Cayuela.
EL MARQUÉS	» Medrano.
CABALLERO 1.º	» Urquijo.
IDEM 2.º	» Covisa.

Varios personajes secundarios

ACTORES

ACTO PRIMERO

El teatro representa la habitación en que tiene Mariano su taller de pintor. El fondo estará constituido por dos ventanas de cristales que dan sobre un tejado. En el espacio de pared que separa las dos ventanas colgarán una guitarra, un sable de caballería, un gorro turco, una escopeta de chispa, una espingarda, una daga, un puñal de Albacete. A la derecha del fondo habrá un maniquí con varios pingos de colores puestos sobre él a usanza de vestimenta árabe. Delante de la ventana de la derecha, recibiendo la luz de ésta sesgada, habrá un caballete. Sobre el caballete un lienzo, apenas esbozado, indicando dos o tres figuras de mujer y un fondo de marina. Junto al caballete, una silla de tijera; encima de ella, una paleta, pinceles y varios botes de color. Al pie de la silla, un cacharro limpia pinceles. En el fondo, a la izquierda, una mesa de comedor abierta, a la que faltará uno de los tableros. Al lado suyo, un biombo. Colgados de las paredes, y puestos de frente o de revés contra ellas, estudios, bocetos, apuntes, cuanto representa el trabajo de un pintor, sin bienes de fortuna, que comienza el oficio; dos de estos lienzos estarán sujetos a tableros estrechos y largos. Uno de los lienzos representará un busto de hombre a medio concluir. En primer término, a la derecha, un diván persa en muy mal uso. A la izquierda, en primer término también, un sillón de cuero maltratado. A tenor del sillón y diván el resto del mueblaje. Una puerta a la derecha y dos a la izquierda. La de la derecha supone comunicar con la de la calle. Las de la izquierda, la de primer término con las habitaciones de la casa; la de segundo con la cocina de la misma. Encima de un mueble cerca del biombo, un cesto de flores: rosas, claveles, pensamientos... Al levantarse el telón aparece en escena Irene. Vestirá túnica griega y calzará sandalias. Irá peinada a la griega y adornará cabellos, brazos y

busto con flores. Al cuello, un gran collar de aljófares. Apenas alzado el telón suena el timbre dentro.

ESCENA PRIMERA

IRENE y PEPA.

IRENE (Al oír el timbre.) Empujen; está abierto.
(Queda mirando hacia la puerta de la derecha, en la cual aparece Pepa.)

PEPA (Desde la puerta.) ¿Estorbo?

IRENE Pasa. Venus te permite pasar. Entra en el templo, chica. Aquí donde me ves y mientras pinta Mariano su cuadro, soy la propia Venus.

PEPA ¡Una diosa!... ¡Cualquiera se arrima hoy a ti!

IRENE ¡Bah!... Venus era una diosa muy corriente; como quien dice, de las nuestras.

PEPA ¿Eh?

IRENE Eso sí, ¡guapísima!

PEPA También eres tú guapa.

IRENE Cuando Mariano me toma de modelo para representar a Venus, algo tendré suyo. En lo que no igualo con Venus es en ropa y adornos. Mi túnico está llenito de zurcidos, y las perlas... las perlas son aljófar. Los pinceles de Mariano lo arreglarán. ¡Hay en el mundo tantas Venus, gracias a la pintura!... Siéntate, mujer. (Pepa lo hace.) No estés ahí como un pasmarote. ¿Y tu viajante?

PEPA Llega en el primer tren. Aquí tengo el parte. (Enseña uno a Irene.) A eso vine. A decirte que llega.

IRENE Sea enhorabuena. Mariano se está acabando de vestir. Me alegro de que tu Pedro llegue. Comerá con nosotros. Asistirá al banquete con que celebramos la segunda medalla. ¡El gran banquete, criatura! Tal vez falten platos, pero no fal-

PEPA tará alegría. Tú haces el arroz; sabes que quedamos en ello. Yo haría un zancocho. Vendré a hacer el arroz y tus convidados se lamerán de gusto. En punto a cocina, no hay quien me eche la pata. Ya lo dice mi Pedro: «Si por algo te quiero, *noya*, es por tus guisos y por lo bien que planchas las camisas.»

IRENE Es mucho hombre tu Pedro; y tú mucha mujer. Como no descuides las planchas y las cacerolas, acaba casándose contigo.

PEPA No te diré que no. ¿Y son muchos los convidados?

IRENE Margarita, Angel...

PEPA ¿El músico? Habrá que ponerse los trapitos de cristianar. Ella traerá los brillantes; ¡gasta un lujo!

IRENE Su trabajo le cuesta.

PEPA ¿Trabajo? Ocho o diez canciones por noche en el Ideal Sicalíptico. ¿A esto llamas trabajo?

IRENE No son todo canciones. Menos mal si los brillantes duran.

PEPA Margarita es todavía joven.

IRENE Lo propio digo yo de mí. Todavía soy joven.

PEPA Tú eres diferente.

IRENE Yo no preciso los brillantes; con el querer me basta. ¡El querer!... Cuando me haga vieja, ¿en quién voy a encontrarlo? ¡Ptchs!... Tengo veinte años. A los treinta y cinco van quince. Luego Dios dirá.

PEPA Mariano...

IRENE ¿Mariano?... Los artistas son muy veleas y se pagan mucho de la forma. A los treinta y cinco años ni para modelo sirve una. Venus, la diosa del amor, nunca representa treinta años. Sabe lo que hace.

PEPA También Mariano irá para viejo contigo. Antes que tú, puesto que tiene más edad.

IRENE Tiene talento y tendrá nombre. El talento y el nombre son juventudes que

no acaban. Las mujeres siempre gustamos de ellas.

PEPA
IRENE

Déjate de cavilaciones.
Verdad. Mariano me quiere, yo le quiero. Será un gran pintor. Estaré con él mientras lo desee. Después... venga el después como haya de venir. Y mientras viene, ¡viva el hoy!... También comen con nosotros Carmen y Julián.

PEPA

¡Qué chica más simpática! Él es muy formal.

IRENE

Demasiado formal. Los jóvenes con seriedad de viejos son mala cosecha.

PEPA

El chiquillo es un ángel.

IRENE

Un encanto. ¡Pobrete!

PEPA

¿Pobrete?... ¿Y eso?

IRENE

¿Qué sé yo? Las que viven como nosotras no deben tener hijos.

PEPA

¿Te disgustaría uno de Mariano?

IRENE

¿Un rorro suyo? Loca iba a volverme. Sigo con la lista de los convidados: Ángel, Margarita..

PEPA

Ya están.

IRENE

Ruderico y Celeste.

PEPA

¿Los habéis convidado?

IRENE

Se han convidado ellos.

PEPA

Valientes estantiguas. (Entra por la primera puerta de la izquierda Mariano, con traje de calle y un sombrero flexible en la mano o puesto.)

ESCENA II

IRENE, PEPA y MARIANO.

MARIANO

Gran Pepa, muy felices. (A Irene.) ¿Le has tomado cariño a la ropa helénica, Irene?

IRENE

¿Tan mal te resultó?

MARIANO

Adorable. Ya sabes que lo estás. Porque lo sabes no te has quitado el túnico. Si tuvieras feos los brazos y las piernas, no

los enseñarías. Como son de primer orden, al aire con ellos; ¡de primer orden!... ¡Una segunda medalla te lo jura! (Cogiéndole un brazo a Irene y besándole. A Pepa.) Con permiso. (A Irene.) Ahora, madre Venus, conviértete en simple mortal y pásate por la cocina a ver cómo sigue el almuerzo.

PEPA
MARIANO

¿Sabe usted que Pedro llega hoy? ¿Viene hoy el anticuario insigne? En palmas le recibiremos. Comerá, comerán ustedes aquí. A propósito, él, que es aprovechado, puede hacer un negocio mientras almorzamos.

IRENE
MARIANO

¿Un negocio? Diga usted pronto cuál. Comprar a Ruderico y a Celeste en lo que valen—cuatro perras chicas—y revénderselos a un inglés, en clase de imágenes siclotreceñas. Ganancia segura para Pedro y para nosotros. Pedro sacaría los cuartos al inglés; el inglés se llevaría las imágenes a Inglaterra y no volveríamos a verlos más. ¡Qué par de mamarrachos! A más, envidiosos y sucios: con roña en la carne y en el espíritu.

IRENE
MARIANO

¿Por qué los recibes entonces? Porque decoran el estudio. Anda esto mal de adornos. Celeste y Ruderico, a media luz y calladitos, parecen tallas góticas.

IRENE

¡No pides nada!... ¿Calladitos? Cuando no hablan dicen versos, versos suyos, de esos que ni suenan bien ni los entiende nadie.

MARIANO

Ahí está su mérito; en que no los entienda nadie. Versos para tres o cuatro iniciados, no para el vulgo indigno. Ruderico y Celeste son criaturas de elección, espíritus superhumanos...

PEPA
IRENE
MARIANO

Que le pidan un duro al lucero del alba. Y que no se lo devuelven nunca. Es en lo único que coinciden con casi

todos los mortales. Ea, voy a ver si encuentro una langosta.

PEPA

¿Una langosta?

MARIANO

Sí, señora; una langosta enorme. Necesito que sea enorme. A ser posible ello, mostruosa. La langosta es una de mis múltiples debilidades. (A Irene.) Hoy la tendremos en nuestra mesa enterita, es decir, enteraza. Basta de gramos y raciones. (A Pepa.) Una ola de la *Borrasca* que vendí hace tres días, trae a mis playas el crustáceo. (Sonando en el bolsillo un puñado de duros. A Irene.) Me harás el obsequio de no estropear el traje a la langosta. Déjala vacía, pero no rompas la armadura por si tengo que pintar naturaleza muerta. Quien sabe cómo vendrán las cosas y si después de hacer arte para el Jurado tendré que hacer marisco para cualquier bogonero.

IRENE

¡Qué simplezas hablas!

MARIANO

En peores se han visto mis pinceles. Hay que vivir. Ya sabes mi divisa: *Primo vivere et deinde medallizare*. Antes de ser rey de Suecia, Bernardotte mondaba patatas. Aspiró al trono de la gloria, pero hasta que halle oportunidad de sentarme en él, mondo las patatas que se tercién. Prefiero ganar los duros a pedirlos prestados, como Ruderico.

PEPA

¿Pondrán ustedes la mesa en el estudio?

MARIANO

¿Dónde si no?

IRENE

El comedor es una cajita de pasas. Y gracias que Carmen me presta su vajilla, no voy a ser el movimiento continuo de la cocina al fregadero. Tenemos pocos platos.

MARIANO

Pocos y todo, algunas veces han estado de más.

IRENE

Cierto. Algunas veces nos hemos desayunado con eso, con nada entre dos platos.

MARIANO

Entre dos besos, nena.

IRENE

¡Estúpido!... (Con cariño.) Anda por la langosta. El recuerdo de aquellas hambres me ha abierto el apetito.

MARIANO

A desquitarse tocan. (A Pepa.) Advierto a usted que Julián regala los vinos. ¡Burdeos, champagne, manzanilla, jerez!... ¡Una orgía! A los postres os soltaréis el pelo y os declararéis bacantes.

PEPA

¡Cómo vacantes!... ¿Nos van ustedes a plantar?

MARIANO

No, Pepa. Bacante con b larga. Curdas mitológicas.

PEPA

Respiro. Con estos hombres siempre se está en un ¡ay!

MARIANO

Tenemos quien nos sirva a la mesa.

IRENE

¿Piensas traerte a los camareros de Lhardy?

MARIANO

Las olas de mi *Borrasca* no suben tan arriba. Julián me presta su criado. El que le sirve en el cuarto de soltero, donde vive Julián para su familia y para las personas graves. Julián es inmenso. ¡Un hombre con dos casas!

IRENE

Y con dos caras: una para cada domicilio.

MARIANO

Vaya, vaya. Hasta luego. (Sale Mariano por la derecha.)

ESCENA III

IRENE, PEPA; MARIANO y CARMEN dentro.

IRENE

Voy a cambiar de ropa. Aquí mismo, detrás del biombo. (Pasa detrás del biombo.)

MARIANO

(Dentro.) ¡Hola, vecina! ¿Y esa gloria de chico?... Ahí dentro las tiene. Pase usted.

CARMEN

(Dentro.) Adiós.

PEPA

Carmen. (Entra Carmen por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

CARMEN, PEPA e IRENE.

CARMEN ¿Se puede?
IRENE (Dentro.) ¡No se va a poder!... La que no puede deshacerse este nudo soy yo.
CARMEN (Entrando.) Por mí no te des prisa.
IRENE Al instante concluyo. Desde aquí oigo y charlo también. ¡Digo si charlo! Hasta la presente soy la única. (A Carmen.) ¿Traes al chiquitín?
CARMEN Durmiendo lo dejé. Al cuidado de la muchacha. Si hago falta ella me avisará.
IRENE Lo que vas a hacer es subirlo. Te necesito para improvisar el comedor; y cuando estás lejos del chiquillo no das pie con bola.
PEPA ¡Qué ojos tan picarillos tiene! Y qué sonreír tan dulce el suyo. Por supuesto, es la cara del padre. Menos en la risa, se le parece en todo. Su padre ríe poco.
CARMEN Cuestión de carácter.
PEPA Cada cual tiene el que Dios le ha dado, y no por ello es mejor ni peor. Pedro y yo por cualquier cosa nos reímos. Siempre estamos alegres.
CARMEN ¡Es tan hermosa la alegría!
IRENE (Dentro.) Dilo a voces.
CARMEN Yo, de muchacha reía y cantaba a todas horas. Al presente ya me oís con el niño. El ríe mucho y yo río con él. (Irene sale de detrás del biombo con un trajecillo de casa, modesto, pero de sencilla elegancia.)

ESCENA V

CARMEN, IRENE y PEPA.

IRENE ¡Viva la risa!... Hay que reír todos los minutos del día.
CARMEN Si fuera posible.
IRENE Mientras se es joven, hasta el llanto debe

ser entre si lloro y si me río, con arcoiris. ¿Quién me ayuda a acercar la mesa? (Carmen y Pepa se levantan.) ¿Las dos? Una basta. (A Carmen.) Ven. (A Pepa.) Tú, prepáranos el tablero. (Carmen e Irene acercan la mesa a primer término derecha.)

PEPA ¿Dónde está?
IRENE (Dentro.) Junto a la ventana. Convertido en caballete. ¿Sabes cuál digo? Ese.
PEPA Sí, sí. (Cogiendo el tablero que indica Irene. La colocación de la mesa se hará mientras el diálogo continúa. Los manteles, platos, etc., se sacan de detrás del biombo.)
IRENE Qúitate el lienzo.
PEPA (Entregando el tablero a Irene.) Ya está. (Poniéndose a quitar el lienzo del otro tablero.) ¿Quién es este tío tan feo?
IRENE Un Mecenás que nos salió de golpe. Ahí donde le ves, con esa cara y con esas hechuras, quería por cincuenta duros llevarse el retrato suyo y mi persona. Estos Mecenás son atroces.
CARMEN ¿De veras?
IRENE Como te lo cuento. Mariano se enteró...
PEPA ¿Y qué?
IRENE Que en vez de dar los últimos toques en el lienzo, se los dió a ese tío en los hocicos. Ya está el mantel.
PEPA Los platos. (Dándole un rimero de platos.)
IRENE Déjalos y escapa por tu hombre.
CARMEN ¿Viene Pedro?
PEPA Ya era tiempo. Tres meses hace que se fué.
IRENE ¿A que llegas tarde para el arroz? (Sale Pepa por la derecha.)

ESCENA VI

CARMEN e IRENE.

IRENE Las copas. Los cubiertos... A los cubiertos no hay que presentárselos. De buen ahogo me sacas.

- CARMEN ¡ Vaya una cosa !
IRENE No le falta a tu vajilla requisito. Julián es espléndido.
CARMEN No me puedo quejar.
IRENE A queja suena tu decir.
CARMEN ¿Quejas yo? ¿Por qué? Julián se porta bien conmigo. Mi hijo me hace dichosa.
(Coge un jarrón que habrá sobre el mueble con un ramo de flores.) Pondremos aquí este ramo de flores. (En el centro de la mesa.)
IRENE (Cogiendo también flores.) Las sobrantes las repartiremos por la mesa. (Lo hace.) Y sobran muchas. Has comprado un jardín.
CARMEN Es su tiempo y andan baratas. Me gustan con delirio las flores.
IRENE ¡ Y a mí !...
CARMEN Tenerlas delante de los ojos es tener compañía. A veces cuando estoy sola, hablo con ellas. Hasta creo que me responden.
IRENE (Enseñando unos pensamientos.) Los pensamientos parecen hombres enanitos. Tienen carillas de personas. Son encantadores.
CARMEN (Cogiendo rosas.) ¡ Y las rosas, al cogerlas por la mañana, llenas de rocío ! Algunas mañanas en que me he despertado muy triste, fué mi consuelo meter la cara entre las hojas de las rosas. Las gotas de rocío se juntan y caen al largo de los tallos. Diríase que las rosas tienen corazón y lloran con una. ¡ Ya estoy diciendo necedades ! Bien hace Julián en llamarme romanticona y cursi.
IRENE ¿ Te llama eso ?
CARMEN Hace perfectamente. Hablar así, es decir tonterías.
IRENE ¡ Tonterías !... ¡ Pobre Julián si no las entiende y si no las comete ! La felicidad de los enamorados se forma con tonterías de ésas.
CARMEN Tal vez.
IRENE Las horas muertas hemos ido Mariano y

- yo de campo en campo como dos criaturas. El deshojando flores y arrojándome las a la cara, yo arrojando una a una las hojas de las margaritas y preguntándoles : ¿ Me quiere ? Sí... No... Sí... No... Cuando la margarita acababa en no, sentía ganas de arañar a Mariano. Necesitaba él repetir : ¡ Te quiero !... ¡ Te quiero !... cien y cien veces, para quitarme el mal humor. ¡ Ya ves si es floja tontería !... Pues con tonterías así hemos llenado de contento muchos días sin pan.
CARMEN También deshojé yo margaritas al lado suyo. Hace tiempo. Al principio.
IRENE ¿ Hoy no ?
CARMEN Nos ocupan cosas más serias. El niño a mí. A él su carrera... sus obligaciones...
IRENE ¡ Cómo hablas !... Oye, Carmen : ¿ se te ha constipado este invierno el cariño ?
CARMEN Quiero a Julián con toda mi alma. ¡ Como antes !... Antes, juzga si le querría que dejé mis padres por él.
IRENE De bastante sirven los padres si el corazón dice : ¡ Allá voy !
CARMEN De nada me sirvieron a mí. ¡ Pobres padres míos !... No es que me arrepienta. Viviría, he vivido feliz... hasta siendo Julián como es ; hasta haciendo, como hace, casa ajena la casa de su hijo. Otros eran mis sueños... ¡ Cuánto me costó acostumbrarme ! Me acostumbré. Julián me juraba cariño. Yo necesitaba el cariño suyo. Me acostumbré.
IRENE Y el cariño suyo posees. Hoy más que nunca. Porque tenéis un hijo. Os traerá chochos. Por supuesto, todo se lo merece.
CARMEN ¡ Hijo mío !... Cuando lo sentí dentro de mí no pensé en nadie más que en él. Ni siquiera en mis padres.
IRENE ¡ Bah !
CARMEN Mis padres ignoraban mi falta. Yo seguía viviendo con ellos ; viéndome en secreto

con Julián. Entonces resolví abandonarlos y marcharme con él. Por el amor de él, dije no. Por el amor de nuestro hijo no dudé un momento siquiera. Cuando nació a mi pecho lo puse. El día primero que salí con él a la calle, en alto lo alzaba para que lo viera todo el mundo. ¡ Con qué regocijo enseñé nuestra criatura a Julián! Reía y gritaba lo mismo que una loca. El... Puede que me equivoque... ¡ Ojalá Dios me equivocara!... El... ¿ Sabes lo que alguna vez imagino ?

IRENE

¿ Qué ?

CARMEN

Que Julián no quiere a su hijo tanto como yo. No ; no es eso ; eso sería natural. Que Julián no quiere a su hijo como le debía querer.

IRENE

¿ Qué estás hablando, chica?... ¿ Es encanto de la vecindad el mocoso y no va a serlo de su padre? ¿ No da Julián pruebas de quererle?

CARMEN

Sí.

IRENE

¡ Entonces!...

CARMEN

Cuando se acerca a él le acaricia, le besa. Pero le besa como distraído, como si el alma no estuviera en su boca. Sus besos son iguales siempre. Ni un arrebató, ni uno de aquellos estrujones frenéticos que hacen a las criaturas llorar!... A la calle nunca salió con él.

IRENE

¡ No seas estúpida!... Julián adora al chico. ¿ Qué culpa tiene si no es expresivo su carácter?

CARMEN

¡ Su carácter!...

IRENE

Además, los hombres son unos imbéciles. Creen que si gritan y cantan a un mamón pierden su dignidad. ¡ Habrá necios!... Si los hombres supieran que por feos y por antipáticos que sean resultan guapos y simpáticos cuando acarician a un chiquillo, iban a pasarse la vida haciendo a los rorros carantoñas. (Viendo que Carmen se

enjuga los ojos.) ¡ Ea! ¿Quieres dejar los lloriqueos e ir por el muñeco? (Coge de sobre de la mesa un puñado de rosas y se las echa en la falda a Carmen.) ¡ Ahí te van esas rosas! ¿ No dices que ellas te consuelan? (Coge las rosas y las acerca al rostro de Carmen.) Cuajaditas se hallan de rocío. Mete entre sus ojos la cara. El rocío cae al largo de los tallos... Te advierto que no son ellas solas las que te acompañan a llorar. También lloro unas miasas yo. (Pasándose por los ojos el dorso de la mano.)

CARMEN

(Con gratitud.) ¡ Irene!

MARGARI.

(Dentro.) ¡ Está abierto!... Colémonos sin que nos anuncien. (Entra Margarita seguida de Angel, por la puerta de la derecha. Margarita será mujer de veinte a veinticinco años e irá ricamente ataviada con lujo estrepitoso. Angel contará de veintiocho a treinta años y vestirá con descuido artístico.)

IRENE

(Con alegría.) ¡ Margarita!

ESCENA VII

CARMEN, IRENE, MARGARITA y ANGEL.

MARGARI.

¡ De plomo tiene el sueño este hombre!

IRENE

Se dormiría tarde.

ANGEL

' A las cuatro. Con ésta no hay quien duerma.

MARGAR.

(Recorriendo con los ojos el estudio.) ¡ La mesa puesta!... ¡ Y allá dentro todos los guisotes en marcha!... ¡ Si sabía que llegábamos tarde! ¡ Tanto como me entretiene preparar estas cuchipandas! (A Irene.) Sí, hija, me gustan la mar las *juergas* pobres. Estoy hasta los pelos de Lardhy, del Ideal Room, de Fornos, del Inglés... ¡ Uf, qué peste!... Criados que parecen señores y señores que resultan criados. ¡ Un fastidio, chica!

IRENE

Conque hables así y te aburras entre nosotros hoy...

- MARGARI. ¡Quíá!... ¡Artistas, gente alegre!... Alegre con talento y con gracia, no con patosería como mis *habitués*. En toda la noche no he podido pegar los ojos pensando en revolver cacharros y husmear cacérolas y meter las manos en la carbonera.
- IRENE. De lo último aun tienes ocasión. Abierta de par en par está.
- MARGARI. No es eso. Yo quería matar los pollos, picar la carne, mondar las patatas... recordar mis tiempos de golfa. ¡Sí, sí! Angelito, como si llamaran a un muerto. La pesadez del sueño suyo me trae siempre con el alma en un hilo. ¡Todo son ajetreos!
- ANGEL. (Riendo.) No me doy yo pocos escribiendo música para ti y dirigiendo la orquesta en forma que el público llegue a suponer que das notas.
- CARMEN. Sea usted más galante.
- MARGARI. (Riendo.) ¡Déjale!... Mucho le importan al público mío sus notas.
- IRENE. ¿No?
- MARGARI. Haciendo cuatro batimanes y enseñando las piernas afino yo más que la Patti.
- ANGEL. No vale confundir las escuelas.
- MARGARI. Cada cual tiene lo que puede. A mí no me enseñaron otra. No todas pueden ser honradas.
- ANGEL. Perdona. Broma fué.
- IRENE. Claro que fué broma.
- ANGEL. Margarita sabé cuanto la quiero.
- MARGARI. A tu modo sí. Yo te quiero más de verdad.
- ANGEL. ¡Tontaina!
- MARGARI. (A ellas.) Sin darme cuenta se me ha agrado este solfista al corazón. ¡Qué demonio! Ser de un hombre con el corazón, es lo mejor del mundo. No me había enterado hasta ahora. (Con melancolía.) ¡El día que te canses de mí voy a pasar malos ratos!
- IRENE. ¿A qué te pones triste?

- MARGARI. ¿Yo?... ¿Imaginas que soy romántica? Margarita, bueno. El Gautier no reza conmigo. ¿Qué has dispuesto para el gran banquete de honor? Hay que obsequiar al laureado. (Saca del bolsillo que lleva pendiente de la muñeca un estuche, y de éste una sortija.) Le traigo esta sortija. (Carmen e Irene se acercan a ver la sortija.)
- CARMEN. ¡Preciosa!
- MARGARI. La puede gastar sin repulgos. Ha pertenecido a un académico de la de San Fernando. El hombre no pinta más que su bigote y su pelo, pero en eso es medalla de honor. (Deja la sortija encima del mueble y comienza a quitarse las prendas que indica.) Fuera sombrero, guantes y todas estas zaran-dajas. ¿Qué hay que hacer?
- IRENE. De momento, nada. Después me ayudarás. (A Carmen.) Tú, largo por el rorro.
- CARMEN. Bien está abajo con la chica.
- IRENE. Tú estás mal sin él. Sobre todo, con él aquí te tengo más segura.
- MARGARI. ¡Ande usted!... ¡Ande usted!... ¡A besos me lo como! ¡Es más rico! Voy a comprarle un vestido de encajes mejor que el mejor de los principillos del Gotha. ¡Vaya si se lo compro! (A Carmen.) No le importe la procedencia del dinero. El chiquillo es un ángel, y los ángeles todo lo purifican.
- ANGEL. Tienes un corazón que no te cabe en el corsé.
- CARMEN. ¡Qué buena!
- MARGARI. Para usted de non. Elogio a su muñeco.
- IRENE. Para cualquiera lo eres. ¡Ay, si a todas las mujeres honradas las hubiesen puesto desde chiquirritinas a vender periódicos!
- MARGARI. Yo los voceaba de buten. (A Carmen.) Súbame a escape a ese primor. Si llora, las tres lo acunaremos.
- ANGEL. Y yo le cantaré la *nana*.

MARGARI. ¡No!... ¡Vaya una voz para dormir niños! Iba a pensar que venía el coco.

CARMEN (A Irene.) ¿Dejo abierto?

IRENE (Riendo.) Sí. No vale abusar de la servidumbre. (Sale Carmen por la derecha.)

ESCENA VIII

MARGARITA, IRENE y ANGEL. Al final, CELESTE y RUDERICO

MARGARI. (Por Carmen.) Es mejor que todas nosotras.

IRENE Ya se encargarán de que deje de serlo.

ANGEL ¿Quién? ¿Julián? ¿El grave y correcto Julián?

IRENE Si nosotras hubiésemos encontrado antes lo que hemos encontrado después, quizás no tendríamos después.

MARGARI. Puede.

IRENE No sé qué ocurre con el hombre nacido para hacernos buenas. Siempre llega tarde. (A Angel.) ¿Qué tal esa obra, maestro?

ANGEL Va.

MARGARI. La que va a quedar sorda si sigue cantando mientras improvisas, soy yo... ¡Una voz horrible!

IRENE Exageras.

MARGARI. Una trompa de caza. Los perros de la vecindad ladran al oírle.

IRENE Sí, eres alguien abultando las cosas. Se ve que naciste en Sevilla.

MARGARI. Y ya se conoce que tú no lo padeces. Cuando apunta las notas altas, no apunta, dispara, y hace blanco. El que anda cerca cae redondo. Eso sí, la partitura es muy bonita. Tengo ansia de que la obra se estrene y el público se rompa las manos aplaudiendo.

ANGEL Veremos si son las botas las que se rompen pateando. En fin, venga el estreno como sea. Rabio por oír mis notas en un

teatro de verdad. Porque el Sicalíptico no es teatro: es una tasca con bemoles. Poco falta ya. Animo y a concluir la música, y mientras la concluya y vienen los otros, a tomar el aperitivo. (Cogiendo una botella de las que habrá con varias copas encima de un mueble.) Es cazalla. ¿Sirve?

IRENE

MARGARI. (Cogiendo la botella.) ¡Digo si sirve! Con esto me han destetado a mí. (Llenando una copa y ofreciéndosela a Angel.) ¡Arza, Beethoven! (Angel bebe. Llenando otra copa. A Irene.) ¿Tú?

IRENE Venga. (Bebe.)

MARGARI. (Llenando otra copa, que apura.) Hasta lo último. Las coupletistas no nos asustamos del alcohol. El alcohol no desforma. (Entran por la puerta de la derecha Ruderico y Celeste. El primero vestirá un chaquet en mal uso, de largo faldón; pantalones anchos doblados hacia arriba; zapatos y calcetines de color. Llevará un chaleco cruzado de tonos claros; chalina con lazo enorme y gran sombrero flexible. Calzará guantes y llevará una flor grande en el ojal. Celeste será mujer delgada. Flaca, a ser posible. Vestirá traje escurrido. Llevará a la cabeza un sombrero hombruno y estará peinada con «bandeaux» que caerán sobre sus mejillas. Será desmayada en el andar. Apenas entran, Celeste se deja caer en el diván. Ruderico se desploma contra el sillón.)

ESCENA IX

IRENE, MARGARITA, CELESTE, ANGEL y RUDERICO.

CELESTE Estoy concluida.

RUDERICO Si la gloria carece de ascensor, la renuncio.

ANGEL (Ofreciendo Cazalla a Ruderico.) ¿Quieres?

RUDERICO Ah, no. El alcohol me desplace. Todo el mundo se embriaga con alcohol.

IRENE (A Celeste.) Tú tampoco querrás.

CELESTE (Sacando una petaquilla del bolsillo.) Prefiero mis cigarrillos de opio. (Enciende.) El opio pre-

dispone al ensueño. Ensoñar es gozar, vivir.

MARGARI. Yo pensaba que para vivir y para gozar convenía estar despierta y con los ojos muy abiertos. En fin, allá tú. Eso va en gustos, Celedonia.

CELESTE ¡No me llames así! ¡No recuerdes el nombre patronesco que tuvieron la mala ocurrencia de ponerme! Llámame por el nombre de guerra: Celeste.

ANGEL (A Margarita.) Sí, mujer, Celeste. ¿No lo sabes? A éste nada de Rodrigo: Ruderico. Entona mejor con su figura y aficiones. Todo gótico, hasta la cédula.

RUDERICO Mófate. Es tu derecho, como beber cazalla es tu sibaritismo. El opio se esparce con sustancias de más exquisitez. (Saca del bolsillo un tubito de cristal, y de éste una cápsula.)

IRENE ¿Opio?

RUDERICO El reinado del opio finó para mí. Finó también el de la morfina. Es el éter quien señorea mis sentidos.

IRENE ¿El éter?

MARGARI. ¿Pero el éter no es para los ataques de nervios?

RUDERICO (A Irene.) ¿Y el artista? Supongo que aun habiéndole sido favorable, despreciará hondamente el fallo de un jurado de idiotas; y supongo que despreciará parejamente los elogios del imbécil público.

IRENE El está muy contento.

RUDERICO Acaso envanecido.

MARGARI. Como lo estaría usted si le premiaran.

RUDERICO ¿Yo?... Ah, no.

ANGEL Déjate de farsas. Estamos en familia. A todos nos gusta el aplauso del público. Aparentamos despreciarlo, cuando no podemos conseguirlo.

CELESTE ¿Conque salió Mariano?

IRENE Sí.

CELESTE ¿A pasear el éxito?

IRENE No, hija. A comprarnos una langosta.

RUDERICO ¡Una langosta!... ¡Perfectamente!... La langosta es un crustáceo invulgar. La yantaré con gusto. Trae un cigarro, Angel.

MARGARI. ¿Se le han concluido?

RUDERICO (Tomando un cigarro que le ofrece Angel y encen diéndolo.) No los merco jamás. El tabaco no me cautiva. Sólo cuando tengo cerca algún fumador, solicito un cigarro. Echar humo es una tarea vaga, que a las veces distrae.

MARGARI. Sí, distrae de comprar tabaco.

RUDERICO Si lo mercase experimentaría la tentación de fumar a solas, durante mi trabajo; y el trabajo, el noble trabajo del artista, no se debe turbar ni con los humos del pitillo. Al entrar en su estudio, el artista entra en un santuario. Los santuarios no deben macularse. (Entran por la derecha Mariano y Manuel. El primero, con una enorme langosta, que simulará estar viva, en la mano. Manuel será hombre de veintiocho a treinta años. Vestirá pobremente, pero con limpieza.)

ESCENA X

MARGARITA, IRENE, CELESTE, ANGEL, RUDERICO, MARIANO y MANUEL.

MARIANO (Enseñando la langosta.) ¡Aquí está! Apreciable monstruo, saluda al concurso. Es muy respetuosa. La he domesticado en el camino. (Señalando a Manuel.) También he domesticado a este hurón y os le traigo. El hombre de las selvas almuerza con nosotros.

IRENE ¿De dónde sale usted, Manuel?

ANGEL Eso digo yo. ¿De dónde sales, beduino? ¿Dónde vives?

MANUEL Por la calle de Atocha. (A Ruderico.) ¿Estás aquí, joven madrileño? (A Celeste.) ¡Sa-

- lud, princesa pálida!... Un siervo de la gleba te rinde pleito homenaje. (Hace una gran cortesía a Celeste.)
- MARIANO La langosta os ha rendido el suyo. (Entrega a Irene la langosta.) Echala a cocer. (Irene sale por la segunda puerta izquierda.)
- RUDERICO (A Manuel.) ¡ Por la calle de Atocha ! ¡ Siempre golfeando ! Con esa vida entre rufianes y entre *scortum* no sé cómo escribes.
- MANUEL Porque yo escribo en cualquier parte. Me bastan un lápiz, un cacho de papel y una idea. No preciso torres de marfil y yunques áureos para la forja del idioma. Trabajo, no oficio. Soy luchador. No presumo de sacerdote. (Irene vuelve a entrar por la segunda puerta izquierda.)
- IRENE Ya está el animal a cien grados. (Entra por la derecha Carmen, llevando en los brazos un niño de pecho, que figurará estar dormido.)
- CARMEN Cúmplase tu gusto.

ESCENA XI

MARGARITA, IRENE, CELESTE, CARMEN, RUDERICO, ANGEL, MARIANO y MANUEL.

(Margarita e Irene se acercarán a Carmen y contemplarán al niño con demostraciones de afecto. Celeste hace un desabrido mohín y sigue donde está.)

- MARGARITA ¡ Dormidito !... (A los hombres, que hablan.) Hablen ustedes bajo. ¡ Requetepreciosón ! Si tuvieran los ojos abiertos, menudos achuchones ibas a recibir.
- RUDERICO (A los hombres, entre los que estará Celeste.) Es bella de líneas esa mujer.
- CELESTE Demasiadas curvas.
- MANUEL No hay madre fea cuando sonríe a su hijo.
- RUDERICO No vulgúees. La fecundidad es repugnante, sencillamente repugnante. El amor, para no perder su belleza, debía ser asexual e infecundo.

- MANUEL ¡ Justo ; y a la perpetuación humana que la parta un rayo !
- IRENE (A Carmen, por el niño.) Lo echaremos en nuestra cama. ¡ Y esa Pepa que no viene a poner el arroz !... (Salen por la segunda puerta izquierda Carmen, Margarita e Irene.)

ESCENA XII

CELESTE, MARIANO, ANGEL y RUDERICO.

- RUDERICO ¡ La perpetuación humana ! ¡ Brava cosa !
- MANUEL ¿ Te parece una pequeñez ?
- RUDERICO ¡ La humanidad !... Para lo ruín que es ella, podía extinguirse en nosotros.
- MARIANO ¡ Hombre, dejémosla vivir !
- RUDERICO A veces hago votos por un cataclismo universal que sepulte a la especie entera.
- ANGEL ¿ Te sientes anarquista ?
- RUDERICO ¡ Ah, no ! El anarquismo destruye para volver a edificar, para que los hambrientos coman. Doctrina de mendigos. Destruir por destruir es lo aristocrático. *Nihil*. Ahí tienes mi divisa.
- MARIANO ¡ Soberbio, Ruderico ! ¡ Tu satanismo esportivo es maravilloso ! (Entran en escena por la segunda puerta izquierda Irene, Margarita y Carmen.)

ESCENA XIII

CELESTE, CARMEN, IRENE, MARGARITA, MARIANO, MANUEL, RUDERICO y ANGEL. A seguida, PEDRO y PEPA.

- IRENE El niño en la cama y nosotras a dar la mano última al almuerzo. (Entran en escena por la derecha Pepa y Pedro. Este hablará con marcado acento catalán.)
- PEDRO ¡ Salut !...
- IRENE ¡ Hola ! Temí que Pepa llegase tarde por la culpa de usted.

- PEDRO No, señora. Habiendo compromiso yo no me entretengo con nada. Primero que todo la formalidad. (Mirando su reloj.) Tres cuartos de una. (A Pepa.) ¡Hala, despa-cha! A la cosina, y a poner el arrós. Con los arroses no vale jugar. Ya sabes. Vein-te minutos de cosimiento y afuera con él.
- PEPA En marcha.
- IRENE (A Celeste.) ¿Vienes?
- CELESTE Pues que vais todas, os acompañaré.
- MARGARI. (Bajo a Carmen y por Celeste.) Yo la arañó antes de almorzar. (Salen de escena por la prime-ra puerta izquierda, mientras el diálogo continúa, Mar-garita, Irene, Celeste y Carmen.)

ESCENA XIV

MARIANO, MANUEL, RUDERICO, ANGEL y PEDRO.

- MARIANO Sentarse donde os dé la gana, mejor di-cho, donde podáis; y a tomar el *ver-mouth*, el ajenjo, la manzanilla, el aguar-diente. (Indicando las botellas.) Hay de todo. Ruderico, humanízate por una vez. Guar-da las capsulitas de éter y bebe como el vulgo.
- RUDERICO Bueno. (Mientras los otros se sirven, Ruderico coge la botella de ajenjo y una copa grande, que llena casi completamente.) Porque no lo tomes a desaire, beberé. (Lo hace.)
- PEDRO ¿Bebe así porque no lo tomen a desaire? ¡Pues, hombre, si llega a beber por gusto, me deja sin ajenjo! ¡Caray con el amigo! ¡Ya es bufón el artista!
- MARIANO Esa batería (Las botellas.) y otras que hay detrás del biombo son cosa de Julián. Sobran municiones. Julián es la esplendi-dez en persona.
- RUDERICO Justo es que pague la honra de tratar con artistas.
- ANGEL Si él gasta su oro con nosotros, nosotros gastamos nuestro ingenio con él.

- RUDERICO Es moneda más valiosa la nuestra.
- MANUEL A ratos. Casi siempre suena a falsa, y sólo pasa entre los tontos. Julián no es tonto.
- PEDRO ¡Qué va a ser, hombre, qué va a ser! Un sujeto que heredará y que ha hecho con notas de sobresaliente para arriba la carrera de leyes, ¿queréis que sea tonto? Luego, afisionado a las antigüedades como un inglés de la Gran Bretaña. A mí me ha comprado una ristra. Y no se le engaña con facilidad. Lo entiende, ¡voto va Deu si lo entiende! En un viaje que hicimos por Castilla la Vieja, descubrió un tríptico que era canela fina, y me lo ganó por la mano.
- MARIANO Aficionado al arte lo es.
- ANGEL Lo prueba su trato con nosotros.
- RUDERICO Nosotros no andamos por el mundo a que pertenece Julián, y no es fácil que va-yamos a él para descubrir sus calavera-das. Acaso no sea lo suyo afición, sino táctica.
- MANUEL Acaso. Esos burgueses son muy preca-vidos; se ponen antifaz desde que les sa-len los dientes.
- MARIANO No hay que murmurar. Gracias a él po-demos ofrecer dignos sacrificios a Baco. (Señalando las botellas.)
- ANGEL (Llenando una copa.) Sacrifiquemos. (Todos le imitan, incluso Ruderico. Entra por la derecha Julián, seguido de Ignacio. Julián vestirá elegante traje de ma-ñana. Será hombre joven, de aspecto reservado y frío.)

ESCENA XV

MARIANO, MANUEL, ANGEL, RUDERICO, PEDRO, JULIÁN,
e IGNACIO

- JULIÁN Perdonadme el retraso. ¡He tenido tantas ocupaciones! Entre ellas, revisar mi dis-

- curso del doctorado. Lo debo presentar mañana.
- PEDRO ¿Y qué? ¿Salió pulido?
- JULIÁN Pchs... (A Mariano.) Con tu permiso pondré a éste a la disposición de Irene. (Por Ignacio.) ¿Ignacio?
- IGNACIO ¿Señorito?
- JULIÁN Vé dentro y ponte a las órdenes de la señora. (Ignacio sale de escena por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XVI

MARIANO, MANUEL, ANGEL, RUDERICO, PEDRO y JULIÁN.

- JULIÁN (A Mariano.) De ti no hay que hablar. Madrid entero se ocupa de tu cuadro. Sólo le ponen una tacha.
- RUDERICO ¿Cuál?
- JULIÁN Ser demasiado crudo.
- MANUEL Que lo frían.
- JULIÁN ¡Cuidado, que no soy yo quien pone la tacha! Es la gente.
- ANGEL (A Julián.) ¿Tomamos una copa?
- JULIÁN En seguida. Pónmela de *vermouth*.
- MARIANO Hace poco subió Carmen con tu hijo.
- JULIÁN ¿Lo trajo? Pudo dejarlo en casa; los niños siempre estorban.
- RUDERICO Ingratos suelen ser.
- ANGEL ¡Qué van a estorbar!
- MARIANO El día que tenga un chico, lo llevaré en brazos hasta a las sesiones académicas, dado caso que me rematen de académico. Como un lirón duerme el tuyo en la alcoba nuestra. Carmen anda por allá, con las otras.
- JULIÁN (Saboreando una copa.) Respondo de los vinos. Fui en persona a escogerlos.
- PEDRO ¿Conque casi doctor?
- ANGEL Hombre social encasillado.
- JULIÁN Poco falta.

- RUDERICO El día que tomes la borla, máximo banquete.
- JULIÁN Figúrate.
- RUDERICO Procuraré asistir.
- PEDRO (Bajo a Ángel.) Cuando se trata de llenar la andorga, este romántico es un sivergüenza. (A Julián, alto.) De manera que el año próximo, a poner bufete, a dar conferencias por ahí... A hacerse personaje.
- JULIÁN No tan deprisa. Primero ganar la borla de doctor. Después examen general de conciencia. Una vez el barco en franquía haré rumbo.
- MANUEL Eso es ordenar una vida y amarrar bien el porvenir. Yo, para lo que dicen vivir práctico, nunca tuve mañana.
- ANGEL Gracias que tenga uno hoy.
- JULIÁN Ustedes, los artistas, son muy distintos a nosotros. Nosotros necesitamos ser formales.
- ANGEL Os compadezco. En dos o tres ocasiones he tenido que ser formal, y a poco si estallo. La formalidad me produce los efectos de una indigestión. Hablo de la formalidad social. En la vida artística soy formal. El arte merecé mi respeto.
- MANUEL Más que respeto, veneración ha de producir.
- RUDERICO Hay que ser sacerdote.
- MARIANO Con coronilla y todo.
- RUDERICO Sacerdote augusto, casi incomprensible: vivir encerrado en el templo buscando el alma de las sílabas, dando la sensación microsíquica del idioma, haciendo que sea cada palabra en la oración un rayo de luz. ¡Ah, la esencialización, la orfebrerización de la forma!...
- MANUEL ¿De ideas ni jota?
- RUDERICO ¿De ideas? ¿Qué son las ideas? ¿Qué importan las ideas? Mi sueño es un poema donde no haya más que sonidos, vibraciones transcritas del éter. Si consiguiera

realizar tamaño prodigio, gritaría : ¡ Aleluya !...

MANUEL Mira, Ruderico : empezaste la vida de escritor demostrando mucho talento, y vas a acabar en idiota.

RUDERICO ¡ Idiota ! ; Como estás por el arte rudo !

MANUEL Estoy por el arte fecundo, por el que pare sentimientos e ideas ; por el que hace de la forma vestido espléndido de la criatura, pero no la criatura misma. Vaya al diablo vuestro arte estéril, generación de andrógenos.

JULIÁN ¡ Haya paz !... Coincidan ustedes con el ajenjo.

PEDRO Yo también coincido. (Llena su copa.)

ANGEL (Llenando la suya de aguardiente.) Yo no. Gasto opinión aparte.

JULIÁN ¿ Qué escribes ahora, Ruderico ?

RUDERICO Un drama.

MANUEL ¿ Un drama ?

RUDERICO Es decir, un poema escénico.

MANUEL ¡ Ah !

RUDERICO Algo nunca visto en los corrales de la dramaturgia vulgar.

PEDRO ¡ Cáscaras !...

RUDERICO Há tres meses laboro en él. Ya llevo burilados tres versos.

ANGEL A tal paso, como vivas lo que tarde en acabarse el drama, no hay quien te dispute la inmortalidad.

RUDERICO Mi propósito es dar idea de la tristeza del asunto por medio del color.

MARIANO ¿ Del color ?

RUDERICO Ah, sí. El morado es el color esencialmente triste.

MANUEL Vaya por el morado.

RUDERICO La escena se desarrollará en las gradaciones de un crepúsculo vespertino. Resplandores morados descienden de un cielo morado : morados estarán árboles y plantas ; morado será el pergeño de los personajes ; morado...

ANGEL Morado va a ponerte el público si representan tu berengena literaria.

RUDERICO ¡ Qué sabes tú ! La tristeza invadirá a los espectadores por obra del color. También irá en los versos míos la esencia de ese propio color. Cada oración debe ser un lirio.

JULIÁN ¡ Bravo ! ; bravo !... ; Admirable !

MANUEL Insoportable dirá usted.

RUDERICO Oid los tres primeros versos y os convenceréis.

ANGEL Déjalo para cuando esté completa la estrofa, el siglo veintiuno.

MARIANO ¡ No ! ; No !... Que los diga.

RUDERICO Ved cómo la forma se empapa en las moraduras del crepúsculo. (Recitando enfáticamente.)

; Din ! ; Don ! ; Din ! ; Don ! La campana
[toca, doncella.
; Din ! ; Don !... Su son es la fragancia
[de los lirios que oprimes ;
lirial tú, pálida hija de la tarde muriente.

PEDRO Eso no suena a verso.

RUDERICO Porque no sabe usted desarticular bien las sílabas.

MANUEL Déjanos en paz con tus desarticulaciones. ¡ Ni que el idioma fuese un anfiteatro !

ANGEL Vaya por la pálida hija de la tarde muriente. (Apurando una copa. Angel, Ruderico, Manuel y Pedro pasan a segundo término a beber una copa. Mariano y Julián quedan en el primero. Sale Carmen por la primera izquierda.)

ESCENA XVII

JULIÁN, MARIANO, PEDRO, ANGEL, RUDERICO y CARMEN

CARMEN (Dirigiéndose hacia Julián.) ¿ Estabas aquí ?

JULIÁN Hace poco llegué. (Mariano se dirige al grupo que forman Angel, Ruderico, Manuel y Pedro.)

CARMEN Bien pudiste entrar a saludarme.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

- JULIÁN ¿Iba a meterme en la cocina como un casalsas?
- CARMEN Dices bien. El cariño acaba por entontecer a una. Perdona. ¿A Julianito si le habrás dado un beso?
- JULIÁN No, todavía no. Entretenido con éstos me olvidé.
- CARMEN ¿Te olvidaste?
- JULIÁN No los iba a dejar por babosear al chiquillo. Flojos guasones son. Me llamarían papá chocho.
- CARMEN Julián...
- JULIÁN Más tarde, cuando halle ocasión oportuna. Para darle un beso siempre hay tiempo.
- CARMEN Siempre hay tiempo y todo el tiempo resulta escaso. Ven a verle. Antes de dormirse te llamó.
- JULIÁN ¿Pues si duerme a qué despertarle? Cuando se despierte entraré. Qué pesada te pones.
- CARMEN No es pesadez. Será capricho si tú quieres. Pero es un capricho de madre. (Salen por la primera puerta izquierda. Margarita y Celeste.)

ESCENA XVIII

Dichos, MARGARITA y CELESTE.

- MARGARI. ¡A la mesa! El arroz está a punto.
- PEDRO (Mirando el reloj.) Veinte minutos. Ni uno más. Pepa es la gran mujer.
- MARGARI. Ea, a celebrar la segunda medalla. Cada uno se sienta donde le dé la gana. En cuanto aparezca Irene con el cazuelón, a almorzar. (Todos menos Mariano y Julián, que se encuentran en primer término, dirígense hacia la mesa y comienzan a tomar asiento, mientras el diálogo continúa. Margarita y Carmen continúan juntas en pie. Carmen mirando con ansiedad a Julián. Salen, por la segunda izquierda, Irene, Pedro e Ignacio. Este último con una gran cazuela, que pone encima de la mesa.)

- IRENE ¡El arroz! ¡A celebrar tu victoria, Mariano!...
- MARIANO (Llena una copa de vino y se la presenta a Irene.) Para ti, compañera mía de fatigas, la primera copa del banquete triunfal. (Ofreciéndosela.) Irene la toma.)
- MARGARI. ¡Olé!... (Carmen sigue mirando fijamente a Julián. Este hace ademán de dirigirse a la segunda puerta izquierda; luego se encoge de hombros y se reúne en la mesa con todos.) Vamos, Carmen, siéntate. ¿Qué esperas?
- CARMEN Ya, nada. No va. (Se deja caer en una silla junto a Margarita.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO